UNIVERSO BORG

LA MONTAÑA VIVA

MIGUEL ALDA & ANAÏS ABBOT

La
Montaña
Viva

Miguel Alda y Anaïs Abbot

2007

Autora de la foto de la portada Nadezhda Moryak

A esa pequeña estrella que veo desde mi jardín, y que, sin embargo, es una galaxia.

Miguel Alda

1
EL CAMINO

Me encontraba peregrinando a mi modo *El camino*.

De forma tosca y cansina, iba pasando los estadios que me había marcado: largas caminatas por el día, frugales descansos por la noche y, entremedias, mi carga, como único acompañamiento.

Los demás habían decidido escoger el otro sendero, más fácil, que les llevaría a lugares donde el sustento estaba asegurado; por el mío, en cambio, tan sólo aparecían algunas figuras quijotescas que se aventuraban por estos lares buscando encontrar su verdadero yo.

Mi yo verdadero había estado siempre ahí, agazapado, y cuanto más aumentaba él su peso, más me negaba yo a admitir su presencia.

Afortunadamente, aquí, la soledad de estos parajes me ayuda a liberarlo y, a modo de espejo, lo veo reflejado sobre la bella faz de esta montaña.

2
EXPLORAR O RECOLECTAR

Nunca fui una exploradora.

Me gustaba mucho más definirme a mí misma como recolectora.

Hacerlo así, me permitía no claudicar a mis comodidades y desdeñar una vida, sin duda, llena de riesgos.

Y con esta idea fija, permanecí mucho viviendo tiempo.

Pero un buen día pasó algo que hizo saltar por los aires todas estas pre-definiciones de mi yo. Mi hijo desapareció de la noche a la mañana. Inesperadamente. Y, entonces, ya todo cambió para siempre.

3
LA IRA

Recuerdo que cuando pasó, lo primero que sentí, de forma egoísta, fue ira. Ira porque se me había negado la posibilidad de seguir poseyendo algo que, desde su nacimiento, me correspondía por derecho propio; ira porque se me había arrancado de la entraña algo que siempre había estado a mi alcance; ira por haberme dejado arrastrar por la inercia del banal quehacer diario; ira por no haber sabido calibrar cuánto perdería si me faltaba.

4
AMOR SIN APEGO

Aunque quizás deba reconocer que en esto tampoco haya sido del todo sincera conmigo misma.

Mirándolo bien, en realidad, sí tenía una idea de la pérdida, pero era un tanto abstracta, creo que, en el fondo, a todo el mundo le pasa.

Pero cuando te llega a pasar en la realidad real, una se da cuenta de que el dolor procede, sobre todo, del fin de los pequeños detalles: de sus charlas ininteligibles, de esas miradas de dependencia, del engorroso sentimiento de preocupación por su salud o de mi afán de protección…

También de sus primeras conclusiones desprovistas de lógica, de esos cálculos improbables, de las normas sociales entendidas a su manera, de los asomos de una conducta que habla del futuro de su personalidad…

Cómo no echar en falta el esfuerzo por hacerle reír, a sabiendas de que esa alegría era un camino de ida y vuelta.

Cómo no rememorar el ánimo por minimizar su disgusto, llanto o tristeza, que también se termina colando dentro de ti, tanto como el reproche, la riña obligada, o el castigo, que nos herían a los dos de igual manera…

Y, sin embargo, durante este camino, el tiempo me ha abrazado y, por fin, he podido pensar, pensar profundo, pensar

de verdad, como la primera vez que uno respira aire puro.

Y, en ese transcurso, he sabido que mi hijo, en realidad, nunca fue mío, ni tampoco de su padre, ni de nadie; mi hijo solo se pertenecía a él mismo y si hubiere algo que a mí me perteneciera, tanto como a su padre, solamente sería la voluntad obligada de regalarle su vida.

Sí, así es, la voluntaria obligación de no tener ninguna excusa para no realizar el máximo esfuerzo, la tentativa más alta, para que él fuese feliz, y fuese autosuficiente, y tuviera, sobre todo, una fuerte autoestima, una sólida confianza en sí mismo.

Ahora, invadida por este amor liberado de apego, el rastro de tierra me conduce a él, estoy segura.

5
CÓNCAVO ABISMO

No sabría muy bien explicar qué fue lo que pasó exactamente. Yo vivía en un poblado, al que vine escapando del mundanal ruido.

Y un buen día, a la vuelta de mi paseo matinal, el poblado había desaparecido, sí, como por arte de magia, y en su lugar, ahora ya sólo quedaba un enorme socavón de tierra en forma de media naranja.

Estoy convencida de que los temblores de tierra que lo precedieron, y que aún persisten, no podrían haber hecho esto. Las chozas adyacentes se desmoronaron cayendo al cóncavo abismo. Los supervivientes, gentes avezadas de las montañas, tardaron casi un día en salir con la ayuda de los pocos que quedamos arriba; los demás, mi hijo, entre ellos, quedaron en algún lugar de la aldea desaparecida.

Aún cuando volvía la vista, mientras subía la montaña, podía verse un grotesco lunar de roja tierra sobre la densa nieve, una lentejuela en el lugar donde, hasta ayer como quien dice, fue mi hogar de retiro, mi aldea, mi paz interior.

6
ROPAJE AUTÓCTONO

Yo no soy autóctona, y a pesar de haber abandonado mi ropaje occidental, del que tanto se reían los lugareños, y de haber adoptado el suyo, de mucho más abrigo, el frío se deja sentir desde que el sol quedó al otro lado de la montaña, y la noche y la niebla y mis piernas se hunden en la nieve como si fueran de hierro ardiente.

En la lejanía, vislumbré a un don Quijote solitario acercándose a mí, con apariencia de loco, al que ya había visto en otras ocasiones meditando sobre piedras que le ofrecían suficiente visibilidad por el camino. El peregrino desprendía honorabilidad y erguidez en su modo de estar en el mundo.

En otro tiempo, quizás hubiera sido más precavida o más prudente, pero ahora estaba desbordada de coraje, y eso me volvía desafiante.

—¿Qué es lo que quieres? —le dije.

—Tranquila, mujer, lamento haberte asustado, pero no es esta la manera de abordar a un sencillo peregrino que solo pretende ayudarte en todo lo que le sea posible.

—No necesito ayuda —mentí, ya que mi aspecto desesperado me delataba; yo no tenía experiencia, solo decisión.

Él ignoró mi desdén y, con voz pausada, dócil y acogedora, me dio a entender cuáles eran las formas.

—Te saludo, mujer, perdona que no te pronuncie mi nombre, pero tardé mucho en olvidarlo; los lugareños me llaman *peregrino*. Si deseas mi hospitalidad, conozco una sencilla gruta muy cerca de aquí, que es donde yo me cobijo.

Cobijo, una palabra que, en medio de lo inhóspito, significa la diferencia entre vivir o morir y, ahora, mi misión era seguir viviendo. Acepté.



7
HOGAR, LAR

Afuera, la nieve se te clavaba en la cara; adentro, las pequeñas brasas que calentaban el refugio, ablandaron mi corazón, volviéndolo más afable.

Miré al peregrino de nuevo, esta vez fijándome de verdad, y en seguida me di cuenta de que, a pesar de la robustez del que vive a la intemperie, y de la paz que transmitía su rostro, a pesar de su tez morena, su pelo corto y su barba al uso, intuía que no era un autóctono.

—¿De dónde eres? —le pregunté a boca jarro.

Él sonrió mirando el techo de la gruta y contestó:

—Soy ciudadano del mundo, pero si te refieres a mi origen, te diré que de un lugar muy parecido al tuyo.

—¿Cómo sabes de dónde soy yo? —repliqué yo.

Él sonrió de nuevo.

—No es un gran secreto. Pelo rubio, tez blanca y un rastro de color verde en esos ojos de mirada perdida.

Se me había olvidado lo diferente que era yo aquí del resto. Tan sencillas eran las gentes de aquí que jamás osaron a hacerme sentir diferente.

—De acuerdo, soy de una ciudad, pero ¿qué hacías en mi camino?

—Eras tú quien seguías mi camino, no muy acertadamente por cierto; llevo divisándote en la lejanía desde hace tiempo y preocupándome por tu porvenir. ¿También tú estás buscando La montaña viva?



8
LA MONTAÑA VIVA

La montaña viva, pensé; una de las muchas leyendas de los lugareños que habla de una montaña que cambia de lugar y que parece alejarse a medida que te vas acercando a ella. *Recuerda, evita el camino de la montaña viva,* me dijeron los aldeanos supervivientes al separarnos:

—¡No! Busco a mi hijo —le respondí escuetamente.

—¿Y qué te hace pensar que se ha perdido en el camino de La montaña viva?

—No se ha perdido. Ha desaparecido junto con los demás y el poblado y no lo pienso: esto me lo confirma —le respondí mostrándole un puñado de arena roja que guardaba en el enorme bolsillo de mi desgastado pantalón. —Lo encontré en la confluencia de los dos caminos, en dirección Este, y después, en el valle y después, al subir hasta aquí, pero la nieve borra el rastro rojo, como el pájaro del cuento de Hansel y Gretel.

—Entiendo tu desesperación. Yo no tengo hijos, por eso comprendo que solo el que lo conoce y lo tiene puede sentirlo. Pero este camino no conduce a nada, solo a un pico muy alto que se encuentra al lado del más alto de estas montañas, y según los lugareños, solo se puede llegar de uno a otro atravesando las cavernas, pero nadie sabe cómo.

—No crees que el pueblo ya no exista, ¿verdad? Sé que es inexplicable, pero siento que no ha desaparecido, porque entonces, esta tierra roja sobre la nieve, ¿de dónde podría venir? Creo que ha sido desplazado.

No vi sorpresa ni incredulidad en su rostro por lo que yo le estaba contando.

—¿Y crees que el poblado está al otro lado de la montaña?

Yo me quedé callada, sin atreverme a afirmarlo del todo.

—Bien, te acompañaré; iremos por las cavernas, como dicen los autóctonos que hay que ir.

—¿Eres… eres de los que conocen el camino?

—No, pero alguien tiene que ser el primero en intentarlo, de lo contrario, los que vienen detrás tampoco lo harán.

9
EL LAGO HELADO

Los días pasaban y nos fueron adentrando en el ignoto laberinto de las grutas.

Unas veces teníamos que pasar a rastras por el suelo como si la cueva no quisiera abrirnos el paso; otras, el camino nos ofrecía bóvedas de grandes alturas, auténticos templos sagrados de cristal, donde la luz se reflejaba a sí misma a lo largo del camino.

También atravesamos ríos congelados, sobre los que la luz se reflejaba como estrellas, y cuyo manto se asemejaba a un jardín blanco con setos cuidadosamente podados y con forma de arco de medio punto.

Una arquitectura maravillosa, espectacular, pero yo no me daba permiso para disfrutar con éxtasis, embargada como estaba por la preocupación que sentía por mi hijo.

Además, para nosotros, el camino era muy arriesgado; el hielo se fragmentaba, y debíamos desfilar sin resbalar por finos bordes que nos separaban del abismo.

Al cabo de un tiempo, que no sabría decir cuánto, llegamos a un gigantesco lago helado en las entrañas de la montaña.

Entonces, el peregrino dijo:

—Es momento de parar.

10
BANALIDAD

—Tu rabia es tu fuerza, pero hay que equilibrarla —dijo mientras apoyaba las rodillas sobre una piedra de cristal.

—Tienes razón, hoy llevamos demasiadas horas de marcha, descansemos —respondí con la respiración muy agitada.

Comenzamos a construir un refugio con la nieve que se colaba por las fisuras al exterior.

—Parece que no soy tan *extranjera* como tú te imaginabas.

—Sí, ya te he dicho que tu fuerza parte de la rabia, pero ten cuidado con ella, debes equilibrarla, porque puede dañar tu cuerpo —y haciendo un gesto de fuerza colocó el último ladrillo de nieve. Ya teníamos techo.

—Gracias, pero me ocuparé de tus consejos místicos cuando recupere a mi hijo, no puedo perderlo otra vez.

—¿Otra vez?

—Bueno, la otra vez fue distinto, fui yo quien me perdí realmente, me aparté de todo mi mundo y me vine aquí. Si supieras por qué llegué aquí la primera vez, te reirías.

Meneó la cabeza con gesto negativo mientras se esforzaba en clavar los garfios que sustentaban las paredes de hielo de nuestro refugio.

Aunque sabía que poco le importaba mi historia, comencé a

contársela. Quería que entendiera lo banal que era yo antes.



11
EXCURSIONES PARA RICOS

Vine aquí con una de esas excursiones para ricos, que te llevan a las laderas, en helicóptero, al oeste del poblado para practicar *snowboard*. El que luego fue mi poblado trabajaba ocasionalmente con ellos, y, una vez que llegué aquí, me llamó mucho la atención este estilo de vida semi nómada, tan libre, tan natural, tan desarraigado de los torpes problemas que nosotros teníamos en Occidente; fue tal mi impresión que abandoné mi vida allí y decidí quedarme.

Aquí, por fin, me sentía cobijada. Me recordaba al aliento olvidado de mi madre cuando era pequeña y me refugiaba entre la mantas apretadas por sus manos en torno a su cuerpo; el cual te protege de todo lo visible y lo invisible y eso era exactamente lo que yo necesitaba para quitarme esa sensación de que había hecho algo malo, y que por eso me habían separado y apartado de mi hijo.

Cobré fuerzas, me armé de humildad para reconocer mis rencores y de valor para desecharlos. Al final del proceso, saqué cuatro ideas esenciales: una, que quería la felicidad de mi hijo, ojo, no a mi hijo, sino su felicidad, por encima de todas la cosas; dos, que agradecería siempre el tiempo que me regaló mi compañero y la magnífica personita que concebimos entre los dos; tres, que jamás habría nunca una

discusión delante de mi hijo; y cuatro, que en vista de lo orgullosa que me sentía de él, era señal de que tan mal no lo estábamos educando, así que no pondría nunca más en entredicho la educación de mi compañero hacia él.

Hubo un momento de silencio, los dos nos quedamos pensativos, pero antes de que él tomara la palabra, yo concluí:

—Simples y fáciles, ¿verdad? Pero cuando se tiene una amalgama de pensamientos, opiniones y contradicciones en la cabeza es difícil dilucidarlas y más llevarlas a cabo. Lo llamé, le dije esto mismo y le añadí que el amor no consiste solamente en llevarse bien, pero la amistad sí, porque que surge precisamente de eso, llevábamos mucho tiempo cayéndonos bien, porque ÍBAMOS A SER AMIGOS, ERA ILÓGICO por lo tanto NO SERLO. Le dije que sabía bien que me había obsesionado con la educación de nuestro hijo, le dije dónde estaba, y que me lo dejara unos días para explicárselo a él con tiempo y despacito, con cuidado, como se arropa con las mantas a un niño que tiene frío. Finalmente, mi pareja accedió a que se viniera aquí, cuidado por su madre por unos días, después nos marcharíamos juntos, y mi hijo volvería con él, con su padre, pero yo, ya jamás dejaría de estar con él…y ahora… lo del poblado… y…

—Mujer, si las palabras huyen con honestidad, de la sinceridad y del amor no dudes que siempre serán certeras.

Seguí hablando un tiempo más hasta quedarme dormida. Al despertar, nos preparamos para atravesar el lago de hielo.

12
PROBLEMAS RÍDICULOS DE IMAGINAR

La distancia era grande y esperábamos que el hielo soportara nuestro peso. Aún así, dejamos parte del material en el refugio de la pasada noche; toda precaución era poca, el riesgo era inevitable, pero había que asumirlo; caminábamos sobre el hielo, con lentitud, a pesar de la gran distancia que teníamos que cubrir.

—Podría romperse en cualquier momento, la capa de hielo se me parece muy débil —dijo el peregrino.

El lento caminar le sirvió de excusa para comenzar a hablar, y, así, de paso, aligerar la tensión:

—¿Sabes? Ayer me hablaste de tu vida, sintiéndote culpable por tu vida pasada. Es un ejercicio mental grande y difícil reconocer errores en uno mismo; más aún si los expones abiertamente a los demás. Te diré que mis errores eran ni más ni menos como los de cualquiera de nosotros. Una vida cómoda, agradable, segura; una vida en la que mientras vemos la guerras en otros extremos del mundo, a nosotros su dolor se nos aparece como irreal, tan distante como difícil de imaginar, imaginar en nuestro día a día, preocupados de si esta ropa será la adecuada para dónde voy, si tendré tiempo para recoger la ropa de la lavandería antes de ir a por los niños a la salida del colegio, si la presentación de mi proyecto

convencerá a mis jefes más que el de mi compañero, si debería cambiar mi coche por otro modelo, que si esta chica está más absorbida por su trabajo que no se dedica a mí, que si me han cobrado más comisión en el banco de la que debieran. En cambio, las preocupaciones de otra gente son la de si encontrará algún trabajo hoy que pueda realizar a ser posible en algún lugar alejado de ataques aéreos, o zonas minadas, si en la época de frío encontrará cobijo suficiente, y en la de calor, encontrará agua; si podrá lavarse hoy, si podrá comer hoy, si al ir a recoger a sus niños a la chabola ya se los habrán llevado a formarlos para la guerra o alguna mafia los habrá secuestrado para vender sus órganos o realizar con ellos las mayores perversidades morales. Para nosotros, estos escenarios son muy difíciles de imaginar mentalmente, ¿verdad? Incluso nos parece ridículo o absurdo plantearnos siquiera estos problemas que no están en nuestro presente; sin embargo, hay más gente en el planeta con estos problemas que los nuestros; anoche me contaste cómo llegaste aquí, ¿quieres que te cuente mi historia? A ti al momento te movió hasta aquí el afán por superar tu historia personal, una nimiedad para los demás, pero importante par ti; a mí, únicamente me movió la codicia.

No pude evitar cambiar el gesto en mi cara ¿el peregrino movido por la codicia? Mi curiosidad aumentaba por momentos.

13
CODICIA

—Es verdad, es así. Yo soy geólogo. Inicialmente, vine a destrozarles la vida a esta gente porque un gran oeloducto tenía atravesar estas montañas. Para realizar el estudio del terreno por el que iba a pasar, tenía una clara consigna, y era que debía conseguirlo con el coste más bajo que fuera posible para así obtener el máximo beneficio para mis jefes; y en eso, yo soy un especialista.

Calló por un momento. Sentí curiosidad por saber qué estaba pensando y un poco de ansiedad al pensar que no fuera a continuar. Tras un minuto o así de silencio, comenzó a hablar de nuevo.

—Olvídate del impacto medioambiental y de esas chorradas, dimos por hecho alguna queja o resistencia, por eso abordamos el proyecto desde una postura de máximos, lo más barato posible, aunque el acueducto tuviera que atravesar la estatua gigante de un profeta, eso daba igual, además, ¿crees que en estos lugares existe algún control? Alguien de aquí, que no estos pobres aldeanos, se iba a llevar mucho dinero y algunos de donde nosotros venimos aún mucho más; créeme, teníamos poder suficiente para condenar a toda esta gente a la miseria; ellos debían sacrificarse para que la gente como nosotros llenara el depósito de su coche para ir hasta el cen-

tro comercial a comprar una bombilla; una bombilla que está en ese supermercado porque un camión, un avión, un barco también han tenido que llenar el depósito para traerla desde muy lejos, y para que esto sea así, se necesita que los niños de países lejanos fabriquen esa bombilla al menor coste posible. Y de esta forma, conseguir un margen de beneficio tan alto como para pagarme a mí, que iba a engañar a estos lugareños con la excusa del progreso.

El peregrino volvió a sumirse en un silencio muy cerrado. Me pareció que no le había gustado recordar. Al cabo de un rato, dejó de avanzar, miró al frente, y dijo:

—Y entonces, fue cuando la vi por primera vez.

14
LA MONTAÑA QUE VIVE

—¿Qué?

—Mírame, sabes ya que yo era un personaje superficial, egoísta, sin escrúpulos, pero te he dicho que era un profesional de los mejores. Y por eso espero que me creas cuando te digo que lo que vi era una montaña que estaba viva.

A pesar de que mis lógicas estaban tambaleándose, debo reconocer que dudé de él, y entendí por qué le llamaban *el loco*.

—Pero La montaña viva no es más que una leyenda, ¿no?

—Yo estoy muy seguro de lo que vi y nadie me va a convencer de lo contrario. Yo hice muchos estudios cartográficos, y los repetía una y otra vez, y ninguno se parecía, porque la montaña se movía. Y, si lo piensas bien, científicamente, nos existe otra explicación para las perturbaciones sísmicas, ya que no hay ninguna causa para ello, ni movimiento tectónico o falla alguna que los justifique. Y así se lo hice saber a la empresa, no lo de la montaña, no, no soy tan ingenuo, bastante fama de loco ya me había ganado con mis incursiones sobre el terreno; les advertí de que un desastre natural podría acaecer con el paso del oleoducto y les dije también que no había ruta alternativa. Y ellos me empezaron a presionar. A presionar mucho. Y les sugerí un camino donde, en el fondo,

es imposible construir nada, pero ellos siguieron con su plan, y el oleoducto no ha conseguido avanzar en cuatro años que llevo yo aquí, errante, ni diez kilómetros, tal ha sido la cantidad de contratiempos que han surgido, y yo, por mi parte, la he vuelto a ver, pero de forma muy efímera.

—A mi poblado no le afectó ningún movimiento sísmico, simplemente desapreció —concluí yo mientras sentía cómo mi carácter se agriaba de nuevo.

La travesía por el lago llegaba a su fin y no avistábamos ninguna salida. Estuvimos bloqueados un tiempo hasta que nos dimos cuenta de que algo que nadaba bajo la fina capa helada del lago.

15
LA BÓVEDA DE HIELO

—No nadan, vuelan, son murciélagos, estamos sobre el techo de una enorme y frágil bóveda de hielo.

Una nueva sacudida sísmica atomizó el techo de cristal y el centro de este se derrumbó de forma casi instantánea. A cada micro segundo, el desplome se iba expandiendo hacia los lados. Nosotros corríamos lo más de prisa posible, sin procesar muy bien aún la nueva situación.

—¡Hacia la pared! —me gritó el peregrino.

Pero todo fue inútil. El suelo se cedió ante nuestros pies.

Mientras caíamos, veíamos cómo la caverna se hundía en una laguna inconmensurable. Parecía que íbamos a ser engullidos por ella, pero golpeamos contra una roca de nieve y esta nos hizo rebotar de camino en camino, hasta llegar a un nuevo barranco. Tratamos de sujetarnos a algo sin lograrlo, y, de forma inevitable, caímos al negro fondo del abismo.

16
EL OJO

En caída libre, tratamos de acercarnos lo máximo posible a las paredes de hielo, pero, al llegar a ellas, comenzamos a resbalar a más velocidad. Menos mal que, de cuando en cuando, chocábamos con rocas de nieve, y gracias a ella, amortiguábamos la caída. Yo logré parar a escasos metros del suelo. Estaba sana y salva. Había sobrevivido.

Con el corazón a cien, miré hacia abajo, y vi al peregrino, que al igual que yo, también había sobrevivido.

—Por aquí —gritó ávido de aventura, como si no hubiéramos estado a punto de morir.

Aturullada, incrédula, miré hacia arriba, y ni si quiera logré alcanzar con la vista la gran altura desde la que habíamos caído.

—¿Cómo puede ser que aún sigamos vivos? —le pregunté al peregrino—. ¿Has visto esta nieve? Cede a mi presión, pero no se hunde, es extremadamente mullida, sin embargo, la del suelo, dije golpeando con el pie y dejando la huella marcada en el suelo, es completamente distinta.

El peregrino me hizo poco caso y avanzó para cerciorarse de lo que yo decía.

—Mira —me dijo reclamando mi atención.

Entonces percibí el aire libre y la claridad del espacio.

—Hemos llegado al otro lado del valle, mira qué belleza, lo hemos logrado —expresó lleno de emoción y alegría.

Le fui a decir que, al caer por el hielo resbaladizo, me pareció ver bajo él un ojo que me miraba, pero también se adueñó de mí un sentimiento de vergüenza, como si fuera a decir algo irracional.

Comenzamos a caminar eufóricos, ladera abajo, hacia el gran valle flanqueando las dos cordilleras.

Tenía la sensación de que éramos las únicas dos personas que pisábamos esos suelos. El hecho de volver a pisar otra cosa que no fuera nieve me ponía de buen humor.

La verdad es que no sé qué esperaba; quizás que mi pueblo apareciera ahí entre la maleza intacto, y que mi hijo, ignorante de lo acaecido, estuviera aquí esperándome tan tranquilo, con sus juegos… Entonces me imaginé la mirada de mi hijo, llena de inocencia y de terror, cayendo por el hielo y fui a comentárselo al peregrino cuando…

—Shhhh, no hagas ruido, noto una presencia, como si alguien nos estuviera observando.

—Ji ji ji ji —se escuchó.

17
EL VIGILANTE

Mis ojos no vieron a nadie, pero en seguida reconocieron la tierra de mi poblado, que ahora aparecía situado sobre la pradera, un poco más adelante de donde nosotros estábamos.

—Ji, ji, ji, seguís el camino de la Montaña Viva, ¿verdad?

—¿Quién habla? —increpó el peregrino.

De la propia hierba, apareció un hombre de pelo encrespado, largo y descuidado, brazos y piernas al descubierto de piel rojiza, y el rostro lleno de pliegues que aumentaban su edad; si duda, era de la zona, pero tenía el aspecto de un gurú de las montañas.

—He oído hablar de ti. Eres el que vigila La montaña viva, ¿no? —le preguntó él.

—¿El que vigila? Sí, ji, ji, vigila, dice, jajaja. En todo caso, vigilo a sus hijos, ji, ji, qie están aquí.

—¿Sabes si la montaña tiene a mi poblado? —le pregunté yo.

—¿Tu poblado? Oh, sí, sí ¿tu poblado? ¿seguro?

—¿Y dónde puedo encontrarla? —dije muy nerviosa.

—Sigues bien el camino de tierra, pero…

El gurú prosiguió:

—La montaña no habla nuestro lenguaje, no te entenderá,

ni siquiera conocerá de tu existencia; si no quiere conocerte, es tan rápida que nunca la alcanzarás, cuando tú vayas, ella volverá, cuando vengas, ella ya se habrá marchado, tu montaña no es más sino un trozo en esta inmensidad, pero este trozo está vivo… camina… y a veces está y, a veces, no está.



18
EL LENGUAJE DE LA MONTAÑA

La nieve no había borrado las señales de arena, pero con el paso de los días, atravesamos el valle y la nieve empezó a dificultar nuestro rumbo, por lo que decidimos acampar.

El amanecer nos despertó con nuevas sacudidas sísmicas. Esta vez se hicieron más fuertes, más seguidas, más próximas. El resorte del miedo se adueñó de nuestros actos y, de pronto, sin mediar palabra entre nosotros, estábamos fuera, tiritando. A lo lejos, vimos algunos pequeños aludes, y, en cuestión de minutos, nos encontramos con algo blando, deforme, que parecía moverse.

Nos tiramos al suelo, pero fue sólo un reflejo inútil, porque aquello, fuera lo que fuese, pasó a gran altura sobre nuestras cabezas, y pudimos ver que era algo plano, inmenso, yo diría que del tamaño de un estadio, con una cola larguísima, como si fuera un puente colgante.

Lo seguimos con la mirada y nos pareció que bajaba. Nosotros estábamos tumbados sobre la nieve y tuvimos que volver la cabeza y sujetarnos, porque un fuerte viento apareció de improviso y parecía querernos arrancar del suelo.

Al cabo de un rato, nos levantamos, y nos quedamos atónitos con lo que habíamos visto.

19
LA MONTAÑA ESTÁ VIVA

—¡Está viva! ¡Existe! —exclamó el peregrino. —Vamos, vamos, creo que ha bajado ahí adelante —continuó diciendo sin ni siquiera notar el frío y corriendo en la dirección que señalaba.

Tras varios minutos de carrera, lo increpé para que se detuviera:

—¡Espera! !Para! —le dije.

Jadeante pero eufórico, se detuvo y se inclinó colocando las manos en sus rodillas para tomar aliento:

—¿Qué quieres? —me dijo —TIENE QUE ESTAR AHÍ ADELANTE, MUY CERCA YA.

—¡Te equivocas! El descomunal tamaño confunde las distancias… recuerda al vigilante, cuanto tú vas, ella vuelve; tenemos que volver al campamento y seguir el camino de origen, para averiguar de dónde venía.

—Tus fantasías son tu realidad y tu realidad mis fantasías —me dijo asintiendo —vayamos pues.

20
SÍSMICO

Las huellas se diluían con rapidez en la nieve, pero el peregrino se servía de la Geología para poder identificar rastros en la nieve como pequeños aludes ocasionales y hendiduras en el terreno, casi inapreciables para el resto, pero que evidenciaban sin duda que La montaña había pasado por allí.

—Te veo preocupado, ¿qué te ocurre? ¿no estás contento? ¿no crees que no estará ahí mi poblado y mi hijo?

—No es eso, mujer, estos constantes movimientos sísmicos...

—¿Qué?

—Que no creo que sean debido a la montaña, estas dos cordilleras confluyen en el volcán de nieve.

—Eso está muy lejos.

—Ya, pero a pesar de su apariencia, y de su largo período de inactividad, ese volcán está activo, y estos temblores cada vez más frecuentes tienen todo los visos de... y además el ir y venir de la montaña, creo que está acelerando el proceso, ¿por qué crees si no que el oleoducto iba a ser desviado al otro valle, hacia tu poblado?

—Debemos darnos prisa —replicó ella comenzando a cami-

nar con inusitada energía, dejando atrás al peregrino.

—Espera, mujer, no debes precipitarte, hay que saber leer las pistas…

—¿A qué te refieres?

—Mira qué formas tan precisas y rectas… Esto no puede ser natural —dijo mientras se acercaba y subía el monto de nieve acumulado—. Fíjate en este aspecto rojizo de la nieve que se extiende hasta lo lejos… Esto lleva muy poco tiempo aquí —añadió mientras golpeaba la escarcha con un pequeño martillo de alpinista.

Con el golpe, se desprendió un bloque de hielo y se partió al caer al suelo, apareciendo un intenso color rojo en su interior. El peregrino exclamó:

—Es… es… ¡plástico!

—Peregrino —mira hacia arriba.

21
RASCACIELOS DE PLÁSTICO ROJO

—Pero ¿quién ha plantado un rascacielos de plástico rojo, aquí, en medio de estas inaccesibles montañas? —se preguntó en alto anodado.

—No lo sé, peregrino —titubeé—, es como lo que pasa en la metrópolis, donde caminas por sus calles sin tener conciencia de la magnitud de los edificios que te rodean hasta que levantas la vista.

Al cabo de unos minutos, todo se oscureció, y delante de nuestros perplejos ojos, vimos cómo el rascacielos se elevaba ligeramente, irguiéndose para desaparecer casi instantáneamente. Entonces nos dimos la vuelta y a contraluz del sol vimos una mole blanca cuya altura no llegábamos a vislumbrar a pesar de que caímos al suelo de espaldas, y aún así, con ese ángulo, no llegábamos a abarcarlo todo. Pero tras ella, un color que apagaba el brillo del sol, se recortaba contra la mole, en la lejanía.

—¡El volcán ha erupcionado! ¡Estamos en peligro!

22
EL VALLE

Al fondo, el valle se resquebrajaba por su falla y la mole estaba siendo engullida.

Vimos bajar como un ascensor, algo parecido a unas enormes plataformas de grúas. La mole intentaba emerger de forma inútil, haciendo un último esfuerzo. También vimos algo que yo ya había visto antes. De pronto, una bola del tamaño de un globo aeroestático se desprendió de la grúa y cayo a unos escasos metros de nuestros pies. Casi nos aplasta. La grúa intentaba recuperarla y, al hacerlo, creaba un surco en la nieve que se extendía hasta la falla.

Aturdidos, nuestras miradas se cruzaron; estábamos envueltos en el caos. Después de esa bola, comenzaron a caer muchas más, ardiendo en fuego, volviendo a ceniza los árboles cercanos y, levantando al chocar con la nieve, una enorme nube de vapor de agua que lo nublaba todo.

—Dale una, dale una.

—¿El qué?

—Pues una de las bolas.

—¿Estás loca? ¿Sabes cuánto puede pesar eso?

—Eres geólogo, ¿no? Hazlo.

23
LA ESFERA

—Está bien —dijo observando una de las bolas de fuego sin mucho convencimiento

—Tal vez… tal vez… Ven, traigamos esos troncos caídos por el temblor y cuidado con el fuego, el agua se vuelve a helar al separarse de él.

—¿Cómo? Ya entiendo.

El peregrino dispuso los troncos en a ambos lados de la esfera y dos ramas ardientes bajo ella.

—¡Cuidado! Apártate.

La nieve se derritió y la bola patinó hacia los troncos, tomando el camino del surco dejado por la grúa, rodando varios metros hasta caer por el limpio corte del terreno provocado por la falla, a su interior.

Ni un minuto pasó hasta que una pantalla se interpuso entre el caos y la falla, la pantalla se perdía en el cielo, no nos atrevíamos ni a tocarla.

24
HABLAR A LA MONTAÑA

—Esto, te juro, mujer, no sé lo que es. Nunca había visto algo igual.

—Yo creo saber lo que es. Corre, ayúdame, deseo escribir algo.

—Claro, ¿qué quieres que haga? ¡Mujer! ¡Mujer!

—La Montaña no entiende tu lengua —recité en alto las palabras del gurú.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué te has quedado quieta? Esto no pinta bien. El bosque está ardiendo, no paran de caer cascotes de piedra. La nieve, al contacto con el fuego, está levantando enormes columnas de vapor. No se ve nada. La falla nos impide el paso, tendremos que rodear todo el valle. Es imposible. El fuego nos rodeará. Vamos a perecer aquí.

—Necesito dibujar, pintar. ¡Rápido!

—Vamos a perecer, ¿y tú quieres pintar? ¿Y me llaman a mí loco?

—Debe de ser muy grande. ¡Las cenizas y el carbón pintarán en negro sobre la nieve, se verá! Debes traerme ceniza, ¡vamos!

25
LOS ALADOS

—Lo que tú digas, mujer, qué más da. Meteré mis manos en la nieve antes para quemarme lo menos posible, las cenizas están aun muy calientes.

—Eso es, eso es, más, un poco más, peregrino, gracias.

[...]

—Más peregrino, me estoy quemando, ¿sabes?

[...]

—Gracias, peregrino, dibuja, dibuja con la ceniza un monigote como en el día de los santos inocentes.

—¿Qué?

—Dibuja, peregrino, tengo una intuición, yo dibujaré otro a su lado más grande.

—Grande, peregrino, hasta el tuyo que es más pequeño debe ser muy grande. El círculo de la cabeza como la fuente de cien chorros que hay en el centro de la capital, ¿la conoces?

—¿Cómo no la voy a conocer? Si sale en todas las películas de *Los Alados*.

—Bien, ni yo misma puedo abarcarlo con la mirada desde el suelo, espero que lo vea con su ...

—¿Has dibujado para que lo vea una montaña? ¡La luz! Ha desaparecido.

—Espera… confía en mí.

—Escucha, vámonos, no sé cómo vamos a salir, pero quedándonos aquí, desde luego que no.

—Espera.

—Mujer, por favor, hazme caso, el río de lava inundará la falla. Cuando eso ocurra, estaremos perdidos.

—Espera, ¡mira!

—¡Santo esplendor! ¡Está dibujando en el cielo! Es un monigote grande, y otro pequeño, está rodeando con un círculo el pequeño.

—Contestémosle. Dibuja un mapa.

—¿Un mapa?

—Sí, un mapa. Montañas, una valla para la falla, montañas al otro lado de la falla, una caverna, y ahí una equis.

—Ahíiií. Ahí está, esa luz cegadora otra vez.

—Venga, no es tan difícil, lo ha visto antes, lo verá otra vez, ceniza, ceniza.

—Por dios santo, que apague esa luz, me va a dejar ciego, mujer, ¿estás segura de lo que haces?

—No. Pero hazlo de todas maneras.

—Bien, yo he acabado, yo creo que se entiende.

—Dibujemos una flecha indicando más o menos dónde estamos, señalando la dirección hacia la equis.

—¿Una flecha?

—¿Y por qué una montaña va a entender qué quiere decir una flecha?

—¿Y por qué no? Está en la naturaleza, la punta indica la dirección en todo.

—Vale, vale.

—Peregrino, se ha apagado.

—Sí. Y el calor es sofocante, me preocupan las nieves, si se

derritieran nos llevarían en tromba, sin poder controlar…

—¡Quieto, peregrino! Estáte quieto, no corras, acércate a mí. Abrázame.

—Esa oscuridad se abalanza sobre nosotros, va a atraparnos, ¡son las grúas, nos aplastarán! Agárrate fuerte a mí, mujer.

—No, si nos quedamos quieto…

El peregrino y la mujer ascendieron atrapados junto con la nieve y el dibujo y fueron depositados a gran altura.

—Estamos en ella, en la montaña viva, nos ha cogido y nos desplazamos.

—Sí, peregrino, sí —dijo con alegría.

La oscuridad se hizo sobre ellos de nuevo. En la incertidumbre experimentaron una enorme aceleración y a continuación…

26
EN BRAZOS DE LA MONTAÑA

Suspendidos en el aire, sintieron un ascenso y luego un descenso tan brusco que les provocó arcadas. De nuevo, se hizo la luz.

—Mira, peregrino, es la falla, hemos saltado la falla.

—Sí, estamos a salvo… ¿a salvo? ¿Y cómo bajamos de aquí?

—Mira esta nieve sobre la que estamos, es como la de la caverna, ¿recuerdas?

—¡Al suelo! ¡Al suelo! Vamos hacia el suelo de nuevo, ¡no te sueltes, mujer!

—La caverna. Marca una flecha que indique la caverna.

—¿Con qué? Aquí no hay fuego, no hay ceniza.

—Ji, ji, ji.

El gurú apareció tan inesperadamente como en la otra ocasión.

—Con ramas de las grandes hojas, el guardián siempre quiere hablarle, pero la montaña nunca lo escucha —dijo hablando de él en tercera persona.

—Las palmeras, peregrino, las hojas de las palmeras.

—Mujer, hay que subir y cortarlas.

—Ji, ji, ji. El guardián tiene muchas, venid, venid, habéis hablado con la montaña, y al guardián nunca lo escucha,

pero el guardián guarda que te guarda siempre las ramas que hablan, ji, ji, ji.

—Peregrino, mira, gracias, guardián, coge esas ramas, indiquémosle que mire en el interior de la caverna.

El espectáculo fue grandioso. Asombrados, el peregrino y la mujer se separaban cautelosamente más y más del lugar indicado, solo el gurú sonreía viendo pasar fragmentos de roca retirados de la montaña del tamaño de un transatlántico. Mientras la montaña se empleaba afanosamente en desmantelar la ladera, la distancia que tomaban les permitía ampliar un poco más la perspectiva que le ofrecía la Montaña viva y poder ver así los enormes movimientos de un coloso de blanca nieve del que no se podía vislumbrar su cima. Después de un tiempo, bajó de altura, y extrajo de la caverna un enorme trozo del interior y lo arrastró hasta depositarlo cuidadosamente en el valle.

s

27
CURVILÍNEA

La mujer sonrió, le pareció reconocer en La montaña algo que confirmaba sus sospechas.

—Coge armas, peregrino. Guardián, ayúdanos, dibujemos una enorme cuchara, con un montículo de tierra, y dos monigotes, uno grande y uno chico, el chico ha de estar envuelto en un círculo, como hizo La montaña.

La luz cegadora apareció de nuevo. La mujer y el peregrino apartaron la mirada, menos el guardián. Era increíble que la mujer y el peregrino no se hubieran dado cuenta aún de que era ciego.

—Está dibujando en el cielo, otra vez —dijo el peregrino.

Apareció una línea curva, en forma de boca sonriente, y un monigote rodeado por un círculo junto a la arena.

La luz se apagó. Lentamente el tronco extraído de la montaña se elevó, y junto con la montaña se alejaron colina arriba, tan rápidamente que al no contrastar con el blanco de las otras montañas, se esfumó.

28
REALIDAD O FANTASÍA

El camino de vuelta fue más rápido que el de ida, estimulados quizás por la expectativa de encontrar mágicamente de nuevo a su poblado y a su hijo.

El peregrino caminaba a su lado silencioso sin atreverse a fomentar o menoscabar futuras alegrías, ayudando en todo lo que fuese preciso.

Serio y cavilante, comenzó a repasar los acontecimientos pasados. El guardián se despidió con su sonrisa característica y les instó a que se apresuraran.

—La caverna se cerraría rápidamente por los hielos —les advirtió.

Atrás quedaba el paisaje dantesco del volcán en erupción en la lejanía y del valle en llamas. La enorme fisura de la falla ahora era una simple línea en el suelo:

—Pensar que estuvimos a sus pies… Una curva más y el horizonte delatará si mis pensamientos son realidad o fantasía.

El peregrino se paró y asió a la mujer del brazo.

—Mujer, si…

—Lo sé, peregrino, no te preocupes, yo también contemplo esa posibilidad.

29
DESTARTALADA

Pareciera que mis pies fueran de plumas conforme el perfil de aquellas destartaladas chozas que se iba haciendo cada vez más nítidas.

A pocos kilómetros, los aldeanos nos habían localizado y salieron corriendo a nuestro encuentro, lanzando sus característicos alaridos de alegría.

La comitiva de escolta se hacía cada vez mayor conforme nos acercábamos al poblado.

El peregrino parecía un gigante al lado de los aldeanos que saltaban a su alrededor, abrazándole en muestra de agradecimiento.

Finalmente, al llegar al poblado, el anciano jefe me ofreció sus dos manos, me hizo una reverencia y, sabiamente, me señaló: ahora sabes por qué te quedaste, y pronunció el nombre de mi hijo, llamándolo.

Una personita salió del interior de la choza y mi mente escuchó:

—¡Mamá!

Mi interior dio un estallido de alegría en el que sonrisa y lágrimas se confundieron entre abrazos y besos.

30
PAZ NOCTURNA

La paz de la noche templó los pensamientos.

La grandiosa fiesta alrededor de la hoguera festejaba el reencuentro, la supervivencia del poblado y el buen corazón de La montaña, y a mí me bautizaron con el nombre de *La amiga de La montaña*.

El peregrino, silencioso, como siempre, estaba sentado a mi lado; intentaba no molestar y, con rostro grave, contestaba educadamente a las muestras de cariño y agradecimiento, sonriendo interiormente con la mirada.

—La montaña era humana, ¿mujer?

—No sé si era humana o no, lo único que sé es que cuando resbalé por el hielo y me vi reflejada en ese iris no dudé de que pertenecía a la mirada de un niño asustado, fuera de la especie que fuera.

—¿Y ahora?

—Y ahora, peregrino, qué te parece si seguimos disfrutando del magnífico equilibrio de este lugar y de esta vida. Quédate en el poblado conmigo.

—Estás segura, ¿Amiga de La montaña?

—No, no estoy segura, peregrino, pero he aprendido a que no puedo esperar a estar segura de todo.

—¿Y tu hijo?

Su padre vendrá dentro de una semana; cuando venga, sabrá que mi amor por él está por encima de cualquier rencor.

El peregrino sencillamente asintió.

Un estrella fugaz aró el cielo y ambos se quedaron hipnotizados contemplando la inmensa magnitud del universo.



31
EL EXPLORADOR

—Papa, todas, todas, no, siempre hay alguna que inexplicablemente escoge otro camino, ¿tendrá otro olfato, será más osada, más aventurera? ¿O quizás tendrá otra misión que cumplir...?

—Es curioso, pero cada vez estoy más convencido de que el explorador halla únicamente aquello que se quiere dejar descubrir. Mi intensa búsqueda de diferentes especies de hormigas por los lindes de la galaxia me llevó a este extraño descubrimiento, inaudito pero cierto.

32
HORMIGAS HUMANAS

Acompañado de mi hijo, vine a explorar este planeta y descubrí esta curiosa especie, jamás vista hasta ahora para mi civilización. Cogí una muestra del poblado y, ansioso por el descubrimiento, volví a la nave y puse rumbo a mi planeta.

A mitad de camino, me di cuenta de que había cometido un error imperdonable, inexplicable y espantoso para un padre: había perdido a mi hijo. No estaba en la nave y no sabía dónde estaba. Ni cómo ni cuándo había desaparecido.

Volví sobre mis pasos. Recorrí todos los lugares que había explorado antes. Hasta llegar al valle de este planeta, donde se encontraba esta aldea de hormigas humanas en miniatura, en medio de un planeta gigantesco, del mismo tamaño que el nuestro, el planeta tierra.

A la luz del microscopio, me quedé fascinado con el modo en que estaban tratando de comunicarse conmigo mediante dibujos. Gracias a ellos, puede hallar de nuevo a mi hijo, el cual había buscado refugio en la hendidura de un valle.

A día de hoy, no sé cómo esa diminuta mujer pudo hallarlo e identificarlo, pues el traje de algodón calórico que llevamos se mimetiza con la nieve y solo pueden verse los ojos a través de unas gafas pantalla. Sea como fuera le estaré eternamente agradecido.

33
DOMINGO EN LA TIERRA

—Le asignaré al planeta la calificación de reserva biológica con población humana en grado de expansión, lo que significa que, por ley, estamos obligados a proteger la vida de ese planeta. Dime, hijo, ¿qué día es?

—Si estuviéramos en la tierra, domingo.

—Bien, tu madre debe de seguir muy asustada, la comunicación tarda semanas en llegar. Termino la grabación. Es posible que, de alguna forma, los humanos tengamos una conexión que nos ayude a percibirnos unos a otros; en el fondo creo que también tenemos un cerebro colectivo, quizás fue eso lo que, inconscientemente, me hizo elegir este planeta y conocer a esta nueva especie humana. Y, ahora, últimas palabras del proyecto de investigación. Enciende la grabadora, hijo:

—Finalizamos la *Expedición hormigas más allá del área local* hoy domingo 21 del mes 7 del año 2208 a las 12:40 hora global.

—Y ahora rumbo a Un Súper Mundo Feliz, nuestro planeta tierra, nuestro querido hogar.

FIN o no. (pasa la página)

FANTASÍAS MÍNIMAS

SINOPSIS

Como cada mañana acudes a tu cita con el vagón de metro. Como cada mañana, te acompañan los mismos de siempre. La señora de allá enfrente, el grupo de chicos de delante, los albañiles, el señor de la gorra… ¿Por qué no te haces acompañar por vampiros, asesinos, fantasmas, súper héroes e incluso, ya puestos, por Dios o el Diablo? Una fantasía mínima, un viaje inolvidable.

¡YA EN AMAZON! (Si quieres ver la portada, pasa la página.)


universo borg
Fantasías
Mínimas
Miguel Alda & Anaïs Abbot

.